

INTRODUCCIÓN GENERAL

Es muy probable que a ningún lector le pase desapercibido el protagonismo y la relevancia que hoy tiene la Bioética. Dicho término, acuñado a principios de los años 70 del siglo XX en el marco de la cultura anglosajona¹, ha llegado a ser casi sinónimo de numerosos problemas tratados por las ciencias de la vida y el cuidado de la salud, así como otros referentes a la vida de los animales y la vida del entorno natural, impactando con gran fuerza en la sensibilidad moral de nuestro tiempo y difundiendo la preocupación ética por estos temas de un lado a otro del planeta.

Sin embargo, la bibliografía consultada² revela que está aún por hacer la Historia de la Bioética en el sentido más amplio de la expresión, o sea, en todos los campos donde está en juego la vida y no sólo, aunque también, desde el punto de vista sanitario o biológico. Hemos dicho “en el sentido más amplio” porque, en realidad y con rigor, habría que concentrar el estudio a partir del año 1971, con la obra de V. R. Potter.

No obstante, creemos que el trabajo realizado a ese propósito en una época tan lejana como los siglos XIII y XIV del medioevo europeo, no sólo no queda fuera de lugar, sino que intentará mostrarnos un panorama de lucha por la vida que entraña importantes enseñanzas para la bioética contemporánea, basándonos en las siguientes razones:

- ✓ La vida humana y su entorno natural estuvieron sometidos a graves amenazas procedentes de factores externos, ajenos a la voluntad humana, y por factores internos deliberadamente provocados por el ser humano.
- ✓ El Occidente medieval fue escenario de importantes movimientos organizados a favor de la vida, así como de posiciones críticas frente al maltrato de que era objeto y de las leyes que lo favorecían.
- ✓ Las instancias oficiales de la Iglesia, y sus personalidades más relevantes, intervinieron de manera explícita sobre el tema en numerosas ocasiones.
- ✓ Lo mismo se puede decir de las instancias civiles, que adoptaron frecuentes y diferentes medidas expresamente relacionadas con la vida.
- ✓ Los teólogos más renombrados elaboraron una doctrina sobre la vida y un conjunto de principios y reglas morales que respondían a la situación de entonces.
- ✓ Los místicos y predicadores contribuyeron también en gran medida a sensibilizar las conciencias acerca del valor de la vida y del deber de protegerla.
- ✓ Los autores civiles o laicos del momento se hicieron eco, igualmente, de la problemática referente a la vida y del deber de protegerla.
- ✓ Hubo numerosas iniciativas religiosas y civiles dedicadas a la asistencia de pobres, enfermos y marginados.
- ✓ Se dieron los primeros pasos para luchar contra los desórdenes naturales producidos por la contaminación, la deforestación y la roturación descontrolada.

¹ Suele atribuirse, como se sabe, a V.R. POTTER, *Bioethics: Bridge to the Future*, New Jersey, 1971.

² Puede verse en L. WALTERS (ed.), *Bibliography of Bioethics*, New York, de 1975 en adelante; Kennedy Institute of Ethics, *New Titles in Bioethics*, desde 1975; hay un trabajo semejante en *The Hastings Center's Bibliography of Ethics and Professional Responsibility*.

- ✓ Y, por último, se inició el camino en orden a profesionalizar la medicina, hubo autores que escribieron sobre los principios éticos de la praxis médica, y tuvo lugar un intenso desarrollo de la asistencia sanitaria.

En cuanto a la **metodología** utilizada hay que hacer algunas precisiones:

1ª. El ángulo desde el que se aborda este trabajo ofrece, de manera sucesiva, tres perspectivas o campos complementarios de la realidad: cómo se vivía, qué se hizo contra de la vida, y qué se hizo a favor de la vida

Los dos primeros campos o perspectivas (cómo se vivía y qué se hizo contra la vida), que constituyen el objetivo de la primera parte, titulada *La vida cotidiana durante los siglos XIII y XIV*, abordan el estudio de sendos capítulos sobre “calidad y condiciones de vida” y “amenazas contra la vida”, cuyo contenido se ha reducido al máximo debido a razones editoriales³.

La tercera perspectiva o campo de trabajo tiene por objeto exponer con cierta amplitud *La lucha por la vida*, tal como reza el título de la segunda parte, e incluye el estudio de los seis capítulos siguientes: 1) “promoción de la paz”, 2) “protección de la vida física”, 3) “posición de los teólogos”, 4) “místicos y predicadores”, 5) “preocupación por la salud”, y 6) “asistencia a pobres y enfermos”.

Y hay finalmente una tercera parte con las *Conclusiones generales*, donde se intenta establecer un puente entre la ética medieval y la bioética actual.

Los puntos que dan cohesión a todo el conjunto han sido la interdisciplinariedad, como instrumento habitual de investigación, la valoración ética y sus correlativas bases de argumentación, y la perspectiva teológica como trasfondo permanente de referencia. Es necesario tener en cuenta que el ambiente o clima en el que se desenvolvía la mentalidad medieval estaba muy impregnado de religiosidad y de teología.

Hemos puesto mayor interés en la dimensión biológica o física de la vida, junto a lo que ella necesita para existir y merecer el calificativo de “humana” (alimento, hogar, vestido, salud, respeto y protección), aunque ese mismo modo de entenderla vaya apoyado e incluido en otros significados que la trascienden.

2ª. Vistas desde su vertiente interna, estas páginas se inspiran en un magnífico estudio de J.T. Noonan⁴, quien reconstruye la evolución histórica del tema objeto de su investigación articulando tres momentos inseparables: *tensión*, *reacción* y *opción* o *posición*. Esos tres momentos nos han servido, en nuestro caso, para entretejer los acontecimientos y estudiar su desarrollo moral.

³ El texto completo está depositado en la Biblioteca de la Universidad Pontificia de Salamanca. Se han incluido, en varios lugares del libro, sugerencias de los profesores D. José-Román Flecha y D. Ángel Galindo.

⁴ *Contraception et mariage. Évolution ou contradiction dans la pensée chrétienne*, París, 1969, 12-14, cuya edición original lleva por título *Contraception. A History of its Treatment by the Catholic Theologians and Canonists*, Cambridge, 1966.

Es importante también reconocer que sólo existe «la historia sin más, en su unidad»⁵. Resultaría imposible hacer un trabajo como éste sin «entrar y hacer entrar al lector en la propia piel de los hombres de antaño»⁶. Es necesario para ello hacerse cargo del ser humano entero, mezclarse con su vida cotidiana, revivir los acontecimientos de su propia vida y transmitirlo al lector con el mayor rigor y honestidad posibles.

3ª. Contemplado desde su vertiente externa, el método propuesto es el origen de los contenidos expuestos en las páginas siguientes, que, aparte de la bibliografía más especializada, provienen de dos clases de **fuentes**:

a) Civiles o laicas, entre las que figuran obras de Chrétien de Troyes, Jacobo de Cessolis, Jean d'Arras, Jean Froissart, Bernardo de Gordón, Arnau de Vilanova o las *Partidas* de Alfonso X el Sabio, por citar algunos nombres, tratando de recoger así la perspectiva literaria, histórica, social, médica y jurídica.

b) Eclesiásticas, que resultan imprescindibles en nuestro caso, donde se pueden encontrar, por un lado, concilios ecuménicos, sínodos diocesanos, documentos pontificios y episcopales, y, por otro lado, varias obras de santo Tomás de Aquino y de san Buenaventura, los escritos de san Francisco de Asís, algunos de santa Catalina de Siena y los sermones de san Vicente Ferrer.

Se ha procurado conjugar cierta exhaustividad con el sentido de la proporción, dado que nuestro objetivo fundamental consiste en elaborar una muestra de lo que podría ser una Historia de la Bioética en el sentido indicado más atrás. Dicho con otras palabras, sería necesario completar esta investigación con numerosos estudios monográficos sobre tantos temas y obras, no recogidos aquí, siempre y cuando se llevara a cabo desde la perspectiva de la ética de la vida. Así sucedería, por ejemplo, con otros documentos oficiales de la Iglesia; las Sumas de los confesores; teólogos de la talla de Alejandro de Hales, Juan Duns Escoto o Guillermo de Ockham; predicadores de la categoría de santo Domingo de Guzmán o san Antonio de Padua; escritores como Santo Martino de León, Pedro Alfonso o Gonzalo de Balboa; místicos como santa Clara de Asís o los pertenecientes a la corriente renanoflamenca (Maestro Eckhart, Juan Tablero, Enrique Suso, Jan van Ruysbroek); y todo ello por no citar cartularios monásticos, tratados médicos y una larga lista de obras jurídicas y literarias, que ofrecen un cuadro muy atractivo sobre las condiciones y la valoración de la vida durante la Edad Media⁷.

Hágase, pues, el lector a la idea de que aquí sólo encontrará algunos rasgos, a nuestro juicio coherentes, acerca de cómo se vivía y qué se hizo por la vida durante una época que ha sido un «espejo lejano»⁸ de la actualidad.

⁵ L. FÉBVRE, *Combates por la historia*, Barcelona, 1986, 39.

⁶ L. FÉBVRE, *Ibid.*, 138.

⁷ Bastaría ver los índices de R. MENÉNDEZ PIDAL, *Crestomatía del español medieval*, 2 vols., Madrid, 1971 o una aproximación al tema que ofrece I. GONZÁLEZ, "Literatura medieval y moral", *Moralia* 53 (1992) 65-68.

⁸ B.W. TUCHMAN, *Un espejo lejano*, Barcelona, 1990, sugerente relato sobre la vida cotidiana durante los siglos que hemos estudiado. La abundancia de novelas históricas sobre esta misma época, con sus altibajos de rigor literario e histórico, ofrecen al lector interesado sugestivos temas al respecto.

Agradezco sinceramente las atenciones que me ha dispensado la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca en la persona del profesor D. José-Román Flecha, ante todo, sin cuya paciencia, amistad y dirección, no habría llegado a buen puerto este trabajo. Quiero transmitir el mismo agradecimiento a los profesores D. Ángel Galindo y D. Federico R. Aznar Gil.

Asimismo, es de agradecer, en particular, la financiación concedida por el Vicerrectorado de Investigación de la Universidad de Oviedo, sin la que no habría sido posible esta publicación.

También quiero dejar constancia del apoyo y estímulo ofrecido, en todo momento, por Margarita Domínguez Esteban, que me ofreció asesoramiento médico constante y riguroso, así como por Esperanza Almoño Martínez que leyó y corrigió todo el manuscrito, sin olvidar a José Espiño Collazo y al resto de compañeros y compañeras de trabajo del I.E.S “Valle de Turón (Mieres-Asturias).

Deseo finalmente hacer extensivo el agradecimiento a los editores de la revista El Médico (Madrid), a D. Luis Sánchez Granjel (†), Profesor Emérito de la Universidad de Salamanca, a D. Delfín García Guerra (†) y a D. Joaquín Fernández Toral, Profesores de la Facultad de Medicina de la Universidad de Oviedo, y, sobre todo, a D. Cecilio Díaz (†), Párroco de Lugones (Asturias), y a nuestro común y joven amigo José Elías Díaz por su desinteresada generosidad.